



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS, ICADE

# Ascenso y caída de un concepto: La globalización y su estudio en las Relaciones Internacionales

**Autor:** Ana Fernández Alonso

**Director:** Asensio Robles López

MADRID | junio de 2025

## RESUMEN

Este trabajo estudia cómo ha cambiado la idea de globalización desde que empezó a tener fuerza en el mundo hasta hoy, cuando se enfrenta a muchas críticas. Se explica cómo este proceso ha influido en las relaciones entre países, en la economía y en la forma de tomar decisiones a nivel global. A lo largo del trabajo se muestran distintas formas de entender la globalización y se compara lo que se esperaba de ella con lo que finalmente ha pasado.

Se analiza cómo, con el paso del tiempo, los países se fueron relacionando más entre sí. Primero lo hicieron con guerras y tratados, luego creando instituciones y acuerdos para cooperar. Con la caída la bipolaridad, muchas potencias creyeron que se podía construir un sistema mundial más unido. Sin embargo, con el tiempo aparecieron problemas: no todos los países se beneficiaron igual, algunas zonas se quedaron atrás y muchos ciudadanos perdieron confianza en las reglas comunes.

El estudio también muestra cómo surgieron nuevas potencias que empezaron a tener más peso en el mundo, lo que cambió el equilibrio global. Al mismo tiempo, aumentó el rechazo a los acuerdos colectivos y a las instituciones que los gestionaban. La desconfianza hacia estos espacios hizo que algunos gobiernos prefirieran tomar decisiones por su cuenta. Esto se vio con más claridad durante la pandemia, cuando muchos países cerraron sus fronteras y priorizaron sus propios intereses.

Una parte importante del trabajo se dedica a revisar qué efectos reales tuvo la globalización. Aunque ayudó a que algunas economías crecieran, también generó desigualdades y desequilibrios. Se recogen opiniones de varios autores que muestran cómo estas diferencias fueron aumentando y provocaron malestar en la población. Ese malestar sirvió de base para que aparecieran partidos y líderes políticos que proponían cambios en la forma de relacionarse con el mundo.

Por último, el trabajo plantea que estamos en un momento de cambio. Ya no se confía tanto en que abrirse al mundo traiga beneficios para todos. Muchos países están buscando nuevas formas de organizarse, con más control interno y menos dependencia del exterior. Este giro abre la puerta a nuevas preguntas sobre cómo se va a relacionar el mundo en el futuro y qué papel tendrán los distintos actores en esa nueva etapa.

**Palabras clave:** globalización, populismo, multipolaridad, internacionalización, dependencia, hegemonía

## INDICE

RESUMEN .....	2
Palabras clave.....	3
INTRODUCCIÓN.....	3
Finalidad y motivos.....	3
MARCO TEÓRICO .....	4
Conceptos clave.....	4
Estado de la cuestión .....	6
Objetivos y preguntas que se pretende contestar en el trabajo.....	11
METODOLOGÍA .....	11
ANÁLISIS DEL TRABAJO .....	15
Impacto de la globalización .....	15
Actualidad: populismo .....	31
Resultados del análisis .....	35
CONCLUSIONES Y PROPUESTAS .....	38
BIBLIOGRAFÍA .....	41
Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales. ....	43

## INTRODUCCIÓN

### Finalidad y motivos

El presente Trabajo de Fin de Grado tiene como finalidad analizar la evolución del concepto de globalización desde su auge en las últimas décadas del siglo XX hasta su progresiva caída en el contexto actual, marcado por el resurgimiento de los nacionalismos, el debilitamiento del orden liberal internacional y el avance de corrientes populistas.

El principal motivo que ha impulsado la realización de este trabajo es el interés por comprender las transformaciones recientes del orden global, en un momento en el que los pilares que sustentaron el proyecto de globalización, liberalismo, multilateralismo e integración económica, parecen estar en retroceso.

# MARCO TEÓRICO

## Conceptos clave

La globalización es un término que ha adquirido presencia en el discurso económico y político desde finales del siglo XX. No obstante, su significado ha sido objeto de interpretaciones muy diversas, hasta el punto de generar confusión conceptual. En el ámbito de las relaciones internacionales, pasa lo mismo. La globalización no ha sido solo un proceso económico, sino también una transformación en la forma en que se configuran los vínculos sociales, las leyes, la política y, en definitiva, la sociedad. En este sentido, resulta necesario establecer una definición clara, diferenciando este fenómeno de otros conceptos con los que a menudo se confunde, como internacionalización, globalidad y multipolaridad entre otras.

Scholte (2002) ha advertido sobre el uso indiscriminado del término "globalización", empleado de forma generalizada para referirse a una amplia variedad de procesos que, en muchos casos, no comparten una base común. Con el objetivo de esclarecer el debate, el autor propone diferenciar y visualizar las distintas perspectivas por las que se podría entender este amplio concepto. En concreto, identifica cuatro perspectivas erróneas que han condicionado el discurso académico y político: la internacionalización, la liberalización, la universalización y la occidentalización.

La primera de estas aproximaciones entiende la globalización como internacionalización. Desde este punto de vista, lo global se equipara a un aumento de las transacciones transfronterizas entre Estados (p.13). Se trata, de una intensificación del comercio exterior, de las inversiones y de los flujos migratorios. Sin embargo, esta visión solo se centra en los Estados y su economía, y no en lo político o social.

La segunda perspectiva identifica la globalización con la liberalización (p.13). En este caso, el proceso globalizador se reduce a una tendencia hacia la eliminación de leyes y normas que dificultan la libre circulación de bienes, capitales y personas. Esta concepción está estrechamente vinculada con el proyecto neoliberal, que promueve la apertura de los mercados como una condición necesaria para el desarrollo económico. La globalización se convierte así en una expresión técnica de reformas económicas que buscan un mundo sin fronteras comerciales. Sin embargo, este enfoque ignora las dimensiones políticas, sociales y culturales del fenómeno, por lo que sigue sin ser completa.

En tercer lugar, Scholte (2002) critica la visión de la globalización como universalización (p. 11). Según esta lectura, lo global se identifica con lo mundialmente extendido, con la llegada de determinados productos, valores o comportamientos a todos los rincones del planeta. Se trata de una noción que remite a la expansión de elementos culturales o tecnológicos hasta alcanzar una presencia prácticamente omnipresente. El problema con esta interpretación es que no aporta un marco nuevo para analizar las transformaciones actuales, ya que fenómenos de difusión cultural o tecnológica han existido desde mucho antes de que se comenzara a hablar de globalización como tal.

Finalmente, el autor distingue la globalización como occidentalización (p.12). En esta interpretación, el proceso globalizador equivale a la expansión de los patrones de la modernidad occidental: el capitalismo, la industrialización, el racionalismo o el urbanismo. Esta perspectiva ha sido especialmente común en los discursos que denuncian los efectos de la globalización sobre las culturas locales. No obstante, reducir la globalización a un proyecto de imposición cultural omite la posibilidad de resistencias, adaptaciones o reconfiguraciones locales frente a esas influencias.

Según Scholte (2002), todas estas interpretaciones tienen en común una limitación fundamental: no consiguen capturar el carácter único de la globalización contemporánea. Al centrarse únicamente en dimensiones económicas, culturales o geográficas convencionales, pierden de vista la transformación más profunda que implica el surgimiento de relaciones sociales supraterritoriales, las cuales serán desarrolladas en el siguiente apartado.

Frente a estos enfoques, el autor propone una definición que satisface todos esos aspectos. Desde su perspectiva, la globalización debe entenderse como el proceso por el cual se intensifican las conexiones transplanetarias y supraterritoriales entre actores sociales. Es decir, estas relaciones ya no están determinadas por la proximidad geográfica ni por las fronteras estatales, sino que va más allá de las fronteras. (Scholte, 2002, p. 17).

En esta línea, Beck (1998) introduce el concepto de globalidad, que no globalización. Se entiende como la condición en la que las sociedades se encuentran cada vez más interconectadas y ninguna puede actuar de forma completamente autónoma y obliga a abandonar la idea de que es posible volver a un mundo dividido en espacios cerrados y autosuficientes. En la sociedad mundial que describe Beck, las formas de vida, las decisiones económicas, los conflictos y los desafíos medioambientales se entrecruzan constantemente entre regiones, culturas y sistemas políticos.

Continuando con las definiciones, uno de los conceptos que ha adquirido especial relevancia en este contexto es el de multipolaridad, desarrollado por Dugin (2022). Este autor, ayudado de otros como Carl Schmitt, Samuel Huntington, Fernand Braudel y Friedrich Ratzel, define la multipolaridad como un modelo de orden mundial en el que existen varios centros de poder soberano, cada uno representando una civilización o bloque cultural con sus propios valores, intereses y formas de organización. A diferencia del paradigma unipolar, dominante tras la Guerra Fría, la multipolaridad propone un sistema basado en el equilibrio entre distintos polos que coexisten sin que uno imponga su hegemonía sobre los demás. Así, la multipolaridad no implica únicamente una distribución distinta del poder, sino un cambio profundo en la lógica del sistema internacional: pasar de un esquema jerárquico y centralizado a otro basado en el reconocimiento de la diversidad y la soberanía compartida entre actores distintos, en relaciones e interdependencias y, en luchas de poder. Por ende, se puede considerar la multipolaridad un factor clave que podría estar poniendo en tela de juicio la globalización: Hay que luchar por el poder y defenderse.

De todas maneras, para comprender el papel actual de la globalización en las dinámicas internacionales, es crucial examinar la evolución histórica de las Relaciones Internacionales como se va a ir haciendo en este trabajo.

## Estado de la cuestión

Las relaciones internacionales han experimentado, a lo largo de la historia moderna, una transformación profunda y continua que ha redefinido tanto sus actores como las lógicas que articulan el orden mundial. Sin embargo, lo que en las últimas décadas se entendía como un movimiento imparable hacia la integración, la unión y la supranacionalidad, ha comenzado a ser fuertemente cuestionado, dando paso a un nuevo paradigma marcado por la fragmentación y el resurgimiento de los nacionalismos. Desde sus orígenes, los Estados han interactuado entre ellos de distintas maneras que, con el tiempo, han ido evolucionando en un mundo en constante cambio. Aunque el término "globalización" ha adquirido notoriedad solo en las últimas décadas, los vínculos y relaciones entre actores estatales y no estatales existen desde hace siglos.

En esta línea, Bentley (2004) propone una lectura crítica de la narrativa convencional de la globalización, planteando la necesidad de "globalizar la historia" y "hacer historia la globalización" (*Historizing*). Su propuesta invita a abandonar la visión lineal y eurocéntrica

que asocia la globalización únicamente con la modernidad occidental y los procesos recientes de integración económica, para adoptar una mirada más amplia que reconozca los múltiples episodios históricos de conexión más allá de las fronteras regionales. Desde esta perspectiva, los intercambios comerciales, culturales y políticos no son fenómenos novedosos, sino dinámicas históricas de larga duración que han configurado profundamente las relaciones internacionales. Así, comprender la evolución del sistema internacional requiere no solo analizar los cambios contemporáneos, sino también revisar críticamente los marcos históricos desde los que se ha construido el conocimiento sobre el mundo y sus interdependencias. Un punto de inflexión en esta evolución lo constituye la Paz de Westfalia de 1648, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años y marcó el surgimiento del sistema interestatal moderno, fundado sobre la noción de soberanía de los estados y la igualdad jurídica entre ellos (Dugin, 2022). Este principio, que sigue vigente en el derecho internacional, estableció un marco legal para la coexistencia de los Estados y asentó las bases del orden internacional que conocemos hoy día.

Durante los siglos posteriores, la diplomacia, las guerras y los tratados definieron el comportamiento de los Estados, que progresivamente fueron consolidando sus estructuras internas y proyectando su influencia fuera de sus fronteras. El siglo XIX, con el Congreso de Viena de 1815 y la posterior expansión del imperialismo europeo, ofreció una primera expresión sistematizada del intento de controlar colectivamente el equilibrio de poder (Apuntes IPUE, 2024). Sin embargo, las tensiones acumuladas culminaron en el estallido de dos guerras mundiales en el siglo XX, lo que evidenció las limitaciones del sistema basado exclusivamente en el poder soberano de los Estados.

Tras la Segunda Guerra Mundial, se produjo una reconfiguración profunda del sistema internacional. En 1944, la conferencia de Bretton Woods estableció las bases de un orden económico global liberal y capitalista, promovido principalmente por Estados Unidos, que emergía como potencia hegemónica. Esta nueva arquitectura incluyó instituciones clave como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, cuya función era garantizar la estabilidad financiera y fomentar la reconstrucción económica. Al mismo tiempo, se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), con el objetivo de institucionalizar mecanismos de cooperación política y de resolución pacífica de conflictos. De este modo, la posguerra estuvo marcada por el liderazgo estadounidense y la consolidación de una gobernanza internacional multilateral (Apuntes IPUE, 2024).

Durante la Guerra Fría, el mundo quedó dividido en dos bloques ideológicos liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta bipolaridad generó un sistema internacional enfrentado, con conflictos indirectos, carreras armamentísticas y un deseo por expandir las ideologías: el comunismo y el capitalismo. No obstante, incluso en este escenario polarizado, se consolidaron mecanismos de cooperación entre estados, haciendo aparecer nuevos actores a las relaciones internacionales, como la organización internacional la Comunidad Económica Europea entre otras, que más tarde daría lugar a la Unión Europea junto con otras organizaciones. Con el paso del tiempo, estos nuevos actores, empezaron a tener más autonomía y más poder llegando a ejercer roles más amplios en la regulación de la economía, el comercio y la cooperación en seguridad y derechos humanos.

A finales del siglo XX, con la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS, el orden bipolar dio paso a lo que se denominó como un "momento unipolar", dominado por Estados Unidos. Este periodo se caracterizó por un notable proceso de expansión económica global y por el predominio del paradigma neoliberal, bajo la premisa de que la interdependencia comercial y financiera traería consigo estabilidad política y desarrollo (Wallerstein, 2006). La globalización, entendida como un conjunto de flujos intensificados de bienes, capitales, personas e información, fue asumida como un fenómeno casi inevitable y deseable, tanto por los organismos internacionales como por los gobiernos occidentales (Bentley, 2004).

Este proceso trajo consigo una integración económica sin precedentes, facilitada por avances tecnológicos, reducciones arancelarias y la internacionalización de las cadenas de valor. Países como China, India y Brasil comenzaron a desempeñar un papel creciente en la economía global, desafiando el monopolio económico y político del llamado "Norte Global". Particularmente China, gracias a su modelo de desarrollo estatal, logró insertarse en las dinámicas del comercio mundial con gran fuerza, convirtiéndose en el principal socio comercial de decenas de países y alcanzando posiciones destacadas en sectores clave como la tecnología y la manufactura (Milanovic, 2016).

El ascenso de estas potencias emergentes, supuso una modificación progresiva del equilibrio global. La unipolaridad comenzó a erosionarse, dando paso a un sistema multipolar todavía en formación, caracterizado por la coexistencia de distintos centros de poder, con modelos de gobernanza y desarrollo distintos. Según Dugin (2022), esta transición hacia un mundo multipolar desafía las estructuras tradicionales del orden liberal internacional, pues no todos

los actores aceptan los valores e instituciones promovidos por Occidente, lo que genera una fragmentación creciente en la arquitectura global.

En este contexto, empezaron a hacerse visibles las limitaciones y contradicciones del proceso de globalización. Por un lado, las organizaciones internacionales, lejos de consolidarse como garantes eficaces del orden global, comenzaron a evidenciar problemas estructurales de representatividad y capacidad de respuesta. El Consejo de Seguridad de la ONU, el FMI o la OMC se percibían cada vez más como instrumentos al servicio de las grandes potencias, incapaces de actuar con eficacia ante crisis regionales o desafíos sistémicos (Apuntes IPUE, 2024). Al mismo tiempo, emergieron nuevas formas de dependencia estructural, como la que unía a Alemania con Rusia a través del gas, o la de numerosos países con China.

En paralelo, la globalización económica generó desigualdades crecientes, tanto entre países como dentro de ellos. Si bien cientos de millones de personas salieron de la pobreza extrema, especialmente en Asia, también se agravaron las diferencias de ingresos en muchas economías desarrolladas. Según Milanovic (2016), los principales beneficiarios del proceso fueron las clases medias de Asia y el 1% más rico a nivel mundial, mientras que las clases trabajadoras de los países occidentales experimentaron un estancamiento o incluso un retroceso en sus condiciones de vida. Esta creciente desigualdad minó la legitimidad del sistema global, alimentando sentimientos de desafección y rechazo hacia las élites económicas y políticas.

Estos factores facilitaron el auge de discursos populistas y nacionalistas en diversas partes del mundo. La crisis financiera de 2008, y sus consecuencias económicas y sociales, fueron un punto de inflexión en la percepción pública de la globalización. La quiebra de instituciones financieras, los rescates a los estados entre otros problemas, generaron una reacción política que se tradujo en eventos como el Brexit, la elección de Donald Trump y el crecimiento de partidos nacionalistas en Europa (Cervantes González, 2022). Para autores como Gusterson (2017), este nuevo populismo nacionalista representa una reacción a la deslocalización de procesos productivos y a la pérdida de soberanía percibida por amplios sectores sociales.

Trump es el mayor ejemplo de este giro político, al impulsar una política exterior marcada por el unilateralismo, la retirada de acuerdos internacionales y el diálogo proteccionista. El eslogan "America First" no solo refleja esta estrategia, sino que también cuestiona la premisa básica de la globalización: que el libre comercio y la cooperación internacional benefician a todos. Bajo su mandato, Estados Unidos se retiró del Acuerdo de París, amenazó con abandonar la OTAN y debilitó los espacios multilaterales donde antes ejercía liderazgo (Gusterson (2017)).

La crisis del COVID-19 tuvo un impacto decisivo en el cuestionamiento del modelo de globalización vigente. Según Macías Urbano (2023), la pandemia expuso las profundas diferencias entre países en cuanto a recursos, capacidades sanitarias y acceso a suministros, lo que generó una percepción de vulnerabilidad y dependencia excesiva del exterior. Este evento inesperado actuó como un antes y un después que aceleró la rivalidad entre China y Estados Unidos, al tiempo que debilitó la credibilidad del liderazgo global estadounidense. El colapso temporal de las cadenas de suministro, junto con la escasez de productos básicos, impulsó una ola de medidas proteccionistas y reactivó el debate sobre la necesidad de centrarse y recuperar capacidades productivas nacionales. Mientras tanto, China aprovechó el vacío de liderazgo occidental para reforzar su papel en el escenario internacional, utilizando la llamada “diplomacia de las mascarillas” (p.15) y el suministro de vacunas como herramientas de influencia y expansión, especialmente en regiones en auge como América Latina y África.

Todo ello ha contribuido a consolidar una nueva mentalidad en el ámbito de las relaciones internacionales. La ideología idealista de posguerra, basado en la promulgación de valores universales como la democracia liberal o los derechos humanos, ha dado paso a una lógica más realista, centrada en la competencia estratégica y económica, la autosuficiencia y la defensa de los intereses nacionales. Como plantea Wallerstein (2000), esta transformación refleja una transición estructural en el sistema global, en la que las formas tradicionales de hegemonía están siendo cuestionadas, sin que exista aún una alternativa plenamente consolidada.

En este nuevo escenario, las relaciones internacionales parecen entrar en una fase de mayor conflictividad, fragmentación y menor coordinación multilateral. La transición hacia un mundo multipolar no se está produciendo de forma armónica, sino más bien caótica y asimétrica, con múltiples focos de tensión geopolítica, desde Ucrania hasta Taiwán, pasando por Oriente Medio y el Sahel. La globalización, que alguna vez fue vista como un proceso lineal de interconexión creciente, hoy se presenta como un fenómeno ambiguo, con avances y retrocesos, resistencias y adaptaciones.

Este recorrido histórico permite entender que las relaciones internacionales no son estáticas, sino que responden a contextos dinámicos, a disputas de poder, y a transformaciones sociales y económicas profundas. Lo que antes fue un orden liberal internacional basado en reglas, hoy se enfrenta a múltiples desafíos desde dentro y desde fuera. Comprender esta trayectoria es fundamental para analizar el lugar que ocupa actualmente el concepto de globalización en el

debate académico y político, así como para interpretar su posible reconfiguración o declive en las próximas décadas. En las siguientes partes del trabajo, se analizarán.

## Objetivos y preguntas que se pretende contestar en el trabajo

Este trabajo se propone, en primer lugar, analizar cómo ha evolucionado el concepto de globalización dentro del campo de las Relaciones Internacionales, desde su consolidación teórica y política en las décadas finales del siglo XX hasta su cuestionamiento creciente en el contexto contemporáneo. El objetivo principal es comprender por qué un fenómeno que fue presentado como inevitable y positivo ha pasado a ser objeto de crítica y revisión. Para ello, se plantea investigar cuáles han sido los principales factores que han contribuido a ese giro discursivo, prestando especial atención al resurgimiento del nacionalismo, el auge de los populismos y la transformación del orden internacional liberal.

El trabajo pretende dar respuesta a una serie de preguntas clave: ¿cómo ha cambiado la concepción de la globalización en las últimas décadas?, ¿qué elementos explican su creciente rechazo por parte de distintos actores políticos y sociales?, y ¿qué papel han desempeñado los Estados y los movimientos populistas en el debilitamiento del proyecto de globalización? A través de este enfoque, se busca ofrecer una reflexión crítica sobre el presente de la globalización y sus posibles derivas futuras.

## METODOLOGÍA

Este trabajo se ha basado en el análisis de ideas, textos y acontecimientos. El objetivo ha sido comprender cómo ha cambiado el concepto de globalización en el campo de las Relaciones Internacionales. Para ello, se ha recurrido a la lectura de distintos autores, a la observación de cambios en el escenario político mundial y a la interpretación de hechos recientes que han puesto en cuestión la visión dominante sobre la globalización.

La primera decisión a tener en cuenta ha sido definir con claridad el tema. Desde el inicio, se ha tratado de estudiar no tanto la globalización como fenómeno en sí, sino cómo ha sido entendida, debatida y aplicada en la teoría y en la práctica. Este punto de partida ha llevado a identificar un eje de análisis: el ascenso de la globalización como idea central en las décadas finales del siglo XX y su posterior pérdida de fuerza frente al retorno de ideas nacionalistas.

Una vez decidido el enfoque general, se ha procedido a revisar la literatura relevante. Esta etapa ha implicado una búsqueda cuidadosa de textos que han aportado distintas perspectivas. Se han seleccionado trabajos académicos que han explicado el origen del concepto de globalización, sus distintas interpretaciones y las críticas que ha recibido a lo largo del tiempo. Autores como Scholte y Beck han sido fundamentales para construir las bases teóricas. Scholte ha ayudado a ordenar las múltiples formas en las que se entiende la globalización (como internacionalización, liberalización, occidentalización, entre otras), mientras que Beck ha ofrecido una visión centrada en los efectos sociales y políticos del proceso globalizador.

Durante esta revisión, se ha tomado nota de las distintas formas en que los autores han explicado el fenómeno y de las tensiones entre sus argumentos. Se han organizado los contenidos en fichas, que han ayudado a comparar ideas, detectar coincidencias y seguir la evolución del pensamiento sobre la globalización. Esta etapa ha sido clave para establecer una base sólida sobre la cual desarrollar el resto del trabajo.

Posteriormente, se ha abordado el contexto histórico. La intención ha sido situar el concepto de globalización en relación con los cambios que han ocurrido en las relaciones entre los Estados y en la economía mundial. Para ello, se ha elaborado una narrativa que parte de la Paz de Westfalia como origen del sistema internacional moderno y avanza hasta el presente. A lo largo de ese recorrido, se han destacado momentos clave como la posguerra, la creación de organismos multilaterales, la caída del bloque soviético, la expansión de las tecnologías de comunicación y los procesos de apertura comercial.

Este repaso histórico ha permitido entender por qué la globalización se ha convertido en una idea dominante al final del siglo XX y cómo se ha relacionado con ciertas decisiones políticas e intereses económicos. También ha ayudado a comprender por qué, en las décadas siguientes, han surgido dudas sobre sus beneficios y sobre su impacto real en la vida de las personas.

Una vez establecido el marco teórico, se ha decidido realizar un análisis más centrado en un caso concreto. Se ha elegido observar el papel de Estados Unidos como actor clave en la expansión y crisis del proyecto globalizador. Esta elección se ha basado en el hecho de que, durante muchos años, Estados Unidos ha promovido activamente la apertura económica y la cooperación internacional. Sin embargo, en los últimos tiempos ha adoptado una postura más cerrada, especialmente durante el gobierno de Donald Trump.

El estudio de este caso ha permitido ver cómo el discurso pro globalización ha ido perdiendo apoyo incluso en el país que más lo ha impulsado. Se han analizado decisiones políticas,

declaraciones oficiales y discursos que han reflejado una visión crítica hacia el comercio internacional, la inmigración o las instituciones multilaterales. Este análisis no se ha limitado a los hechos, sino que ha buscado entender qué motivos sociales y económicos han llevado a que una parte de la población se haya sentido perjudicada por la globalización.

Este trabajo de observación se ha apoyado en textos como el de Erixon, que ha analizado cómo ciertos líderes políticos han aprovechado el descontento social para promover una agenda más nacionalista. También se han utilizado estudios de autores como Stiglitz, Milanovic, Rodríguez-Pose, Crescenzi y Thompson, que han examinado cómo los efectos económicos de la globalización han sido muy distintos según el territorio, la clase social o el nivel educativo.

En esta fase del trabajo se ha combinado el análisis teórico con la lectura de datos e interpretaciones para apoyar las ideas principales. Esta estrategia ha permitido integrar el discurso académico con los hechos observables y extraer conclusiones más completas.

Además del caso estadounidense, se han tenido en cuenta otras expresiones del malestar hacia la globalización, como el Brexit o el crecimiento de partidos populistas en distintos países no solo en Estados Unidos, sino también en Europa. Sin entrar en cada ejemplo con detalle, se han mencionado para mostrar que el cuestionamiento de la globalización no ha sido un fenómeno aislado, sino que es una corriente en auge.

La metodología también ha incluido la comparación entre lo que se ha prometido en los discursos a favor de la globalización y lo que ha ocurrido en la práctica. Por ejemplo, se han revisado afirmaciones como que la globalización traería prosperidad, estabilidad y reducción de conflictos de manera global y generalizada, y se han contrastado con fenómenos como el aumento de la desigualdad, las tensiones entre potencias o la fragmentación de las cadenas de suministro en algunos países o sectores de la población. Esta comparación ha ayudado a resaltar la diferencia entre los planteamientos teóricos y la realidad.

Una parte importante del trabajo ha sido observar cómo ha cambiado el lenguaje en torno a la globalización. Al principio, el término se ha usado con connotaciones positivas. Se ha hablado de progreso, apertura y conexión. Sin embargo, en la actualidad el término ha adquirido matices negativos. Esto ha llevado a estudiar cómo las palabras han reflejado los cambios en la forma en que las personas entienden el mundo.

Durante todo el proceso se ha prestado atención a no adoptar una postura única, sino a mostrar que existen varias formas de interpretar el mismo fenómeno. Esta actitud ha sido esencial para mantener una visión equilibrada y evitar juicios apresurados.

En cuanto a la organización del trabajo, se ha dividido en varios apartados que responden al recorrido lógico de la investigación. Primero, se han definido los conceptos clave y se ha explicado cómo han sido tratados por distintos autores. Luego, se ha presentado una visión general del debate sobre la globalización en las Relaciones Internacionales, destacando las principales corrientes teóricas. A continuación, se ha desarrollado el análisis del caso estadounidense, seguido de una reflexión más amplia sobre los efectos de la globalización en distintos contextos.

El apartado de resultados ha sido el lugar donde se han reunido las principales conclusiones del análisis. Allí se ha explicado cómo, a pesar de haber sido presentada como un proceso inevitable y beneficioso, la globalización ha generado desigualdades, tensiones sociales y reacciones políticas que han puesto en duda su continuidad como modelo dominante.

Este recorrido ha finalizado con unas conclusiones generales, en las que se ha sintetizado el trabajo realizado y se han señalado posibles líneas de investigación futura. Se ha sugerido que, en lugar de hablar de “el fin de la globalización”, se podría hablar de una transformación profunda de sus formas, actores y significados.

Para desarrollar este trabajo se han consultado principalmente fuentes académicas como libros, artículos especializados y estudios recientes relacionados con la globalización y sus implicaciones. Todas las referencias se han citado siguiendo el formato APA, con el objetivo de mantener un criterio académico riguroso. Dado el enfoque teórico del análisis, no se ha recurrido a encuestas, entrevistas ni a trabajo de campo.

La bibliografía utilizada ha permitido comprobar que el debate en torno a la globalización sigue abierto y está lejos de cerrarse. Algunos autores, como Stiglitz, han planteado la necesidad de transformar el sistema económico internacional para que sea más equitativo. Otros, como Milanovic, han destacado los conflictos entre los procesos de integración global y la soberanía democrática de los Estados. Estas contribuciones han sido útiles para ampliar el análisis y conectar el estudio con los principales debates actuales.

A lo largo de todo el proceso se ha procurado mantener una redacción clara, accesible y coherente. Se ha evitado un lenguaje excesivamente técnico o complicado, con el fin de que el contenido fuera comprensible sin perder profundidad.

En resumen, el trabajo ha combinado la lectura exhaustiva, la comparación de ideas, el análisis de casos y la observación del contexto. Esta combinación ha permitido estudiar la globalización no solo como un conjunto de hechos, sino como una construcción intelectual y política que ha cambiado con el tiempo. Al elegir esta forma de trabajo, se ha buscado ofrecer una visión que ayudara a entender mejor el presente, sin simplificarlo ni idealizarlo.

Este enfoque también ha permitido mostrar que el estudio de la globalización sigue siendo necesario, no para repetir viejas ideas, sino para entender cómo se están reorganizando las relaciones internacionales en un mundo más incierto, fragmentado y plural.

## ANÁLISIS DEL TRABAJO

### Impacto de la globalización

Este análisis tiene como objetivo examinar el impacto real que ha tenido la globalización en las relaciones internacionales, evaluando tanto sus efectos positivos como sus consecuencias negativas.

La globalización ha sido uno de los fenómenos más transformadores del sistema internacional a lo largo de la historia. Desde su auge a finales del siglo XX, no solo ha reconfigurado la economía mundial, sino también las dinámicas de poder, la legitimidad de las instituciones y las interdependencias entre los ellos. Para algunos actores, este proceso ha representado una oportunidad sin precedentes; para otros, una amenaza.

Desde los años setenta, y especialmente tras el fin de la Guerra Fría, la liberalización del comercio internacional y la creciente movilidad del capital facilitaron un notable incremento de los flujos económicos a escala global (Erixon, 2018, p. 4). El comercio mundial, medido en precios constantes, se multiplicó de forma exponencial entre 1950 y 2014 (Scholte, 2002, p. 16). Entre 1960 y 2001, el comercio transfronterizo pasó de 629.000 millones a 7,43 mil millones de dólares, lo que representa un incremento de más del 1.000 %. Este crecimiento refleja no solo un mayor volumen de intercambio, sino también una mayor relación económica entre países. Esta evolución contribuyó a la multiplicación de actores no estatales en el

escenario internacional, que influirá mucho en los flujos globales de comercio, inversión y finanzas en las últimas décadas del siglo XX.

Paralelamente al crecimiento del comercio, la inversión extranjera directa experimentó una expansión sin precedentes, pasando de menos de mil millones de dólares en 1980 a más de veinticinco mil millones en 2016 (Erixon, 2018, p. 5). Este crecimiento espectacular del intercambio y de la integración económica fue capitalizado principalmente por las grandes corporaciones transnacionales y por los Estados más industrializados, que lograron posicionarse como los principales beneficiarios del nuevo orden económico global. Según Erixon (2018), el ascenso de la globalización durante las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI no puede entenderse sin atender al aumento sostenido de los flujos comerciales y de inversión internacional. A pesar de las críticas contemporáneas, el autor sostiene que la globalización ha sido una de las principales fuentes de crecimiento económico, reducción de la pobreza y dinamismo productivo desde los años ochenta. Esta expansión global se manifiesta en cifras objetivas: el stock mundial de inversión extranjera directa alcanzó los 25 mil millones de dólares en 2016, frente a los menos de mil millones registrados en 1980, según datos del gráfico “Global Foreign Direct Investments” que comenta el autor. Asimismo, el volumen del comercio internacional, medido también en precios constantes y tomando como base el año 1913, muestra un crecimiento exponencial a partir de 1950. Mientras que entre 1800 y 1945 el índice de comercio mundial se mantuvo prácticamente estancado, el periodo de posguerra, y especialmente desde la década de 1980, marcó un punto de inflexión: la curva adquiere una pendiente casi vertical, superando los 5000 puntos en 2014 (Chart 1). Estos indicadores reflejan una transformación de la economía global, que ha dejado atrás su organización en unidades nacionales para convertirse en un sistema profundamente interconectado, articulado por cadenas de suministro, flujos de capital y servicios transfronterizos.

La aparición de actores transnacionales, como las empresas multinacionales, fue uno de los principales catalizadores del nuevo orden global (Beck, 2002, p. 9; Scholte, 2002, p. 17). El ascenso de la globalización ha modificado la estructura de poder en las relaciones internacionales al permitir una reconfiguración radical de las decisiones sobre inversión, producción y fiscalidad. A partir de las transformaciones tecnológicas y financieras de las últimas décadas, los actores económicos globales han adquirido una capacidad creciente para redistribuir territorialmente sus operaciones, eludiendo los marcos regulatorios nacionales. Esto se ha traducido en una dinámica donde las empresas transnacionales pueden desplazar la

creación de empleo hacia regiones con menor presión fiscal y menores costes laborales, lo que ha debilitado la capacidad de los Estados para regular y proteger su mercado de trabajo (Beck, 2002, p. 9). Estas corporaciones adquirieron la capacidad de redistribuir territorialmente sus operaciones, optimizando costes de producción, fiscalidad y acceso a mercados.

Los avances en tecnologías de la información han facilitado la fragmentación de las cadenas de producción y la distribución global de tareas especializadas. Esta descentralización no solo permite reducir costes, sino que borra los límites tradicionales entre origen, producción y consumo. Las etiquetas nacionales ya no informan con claridad sobre el contenido real de los productos, lo que pone en cuestión categorías económicas y políticas basadas en el territorio (Beck, 2002, p. 9). Las cadenas de producción se fragmentaron y descentralizaron, borrando las fronteras entre origen, ensamblaje y consumo (Beck, 2002, p. 9).

En el ámbito financiero, los préstamos sindicados de la banca comercial internacional pasaron de menos de 200.000 millones en los años setenta a más de 8 billones de dólares en 2001. Esta expansión masiva del crédito transnacional ha sido uno de los motores del desarrollo empresarial global y también uno de los elementos que ha alimentado la volatilidad de los mercados en contextos de crisis. A la vez, el stock total de inversión extranjera directa se cuadruplicó entre 1990 y 2001, pasando de 1,7 a 6,6 billones de dólares, lo que evidencia la creciente dependencia de muchas economías respecto al capital internacional (Scholte, 2002, p. 17).

En paralelo, el número de empresas transnacionales pasó de unas 7.000 en la década de 1960 a más de 65.000 a comienzos del siglo XXI, controlando conjuntamente más de 850.000 filiales en todo el mundo. Esta estructura ha configurado una red de producción y comercialización global que trasciende los límites regulatorios de los Estados y genera nuevas jerarquías económicas entre centros corporativos y territorios periféricos de ensamblaje y extracción (Scholte, 2002, p. 17). Estos datos permiten sostener que la globalización no es solo un fenómeno simbólico, sino un proceso material sustentado en transformaciones profundas de la economía global. Las cifras revelan la consolidación de un sistema de interdependencia asimétrica, en el cual los actores con mayor capacidad de movilizar capital, información y mercancías adquieren una ventaja estructural respecto a aquellos que dependen de atraer inversiones o integrarse en condiciones desfavorables.

Desde esta perspectiva, la aparición de nuevos actores en las relaciones internacionales no ha democratizado necesariamente el sistema, sino que ha complejizado su funcionamiento y ha

redistribuido el poder según capacidades técnicas, financieras y organizativas. El crecimiento de la actividad económica transnacional ha sido acompañado por una ampliación desigual de las capacidades para incidir en las reglas del juego global.

Este modelo generó ganancias de eficiencia, reducción de precios y crecimiento del PIB en muchas regiones. Países en desarrollo como China, Vietnam o México aprovecharon esta apertura para industrializarse y mejorar sus indicadores sociales (Erixon, 2018, p. 5). Erixon subraya que este crecimiento no ha sido homogéneo. Mientras que los países desarrollados crecieron en torno al 2,6 % anual entre 1990 y 2007, las economías en desarrollo lo hicieron al 5,8 %. Esta divergencia indica que la apertura comercial y la inversión internacional han tenido un efecto especialmente positivo en las regiones que partían de niveles más bajos de industrialización. El caso más evidente es el de China, cuya inserción en el sistema global ha sido acompañada de tasas de crecimiento superiores al 8 % anual durante décadas. Sin embargo, otros países asiáticos, así como ciertas economías latinoamericanas y africanas, también han experimentado mejoras significativas en sus indicadores de desarrollo humano, comercio y empleo como resultado de su integración en el mercado global. También las organizaciones internacionales desempeñaron un papel clave en esta fase. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio contribuyeron a establecer marcos normativos comunes, facilitar el flujo de capitales y resolver disputas entre Estados (Stiglitz, 2002, p. 10). Tras la crisis financiera global de 2008, incluso las instituciones que tradicionalmente defendieron los fundamentos económicos de la globalización comenzaron a revisar sus planteamientos. Según señala Stiglitz (2011), organismos como el Fondo Monetario Internacional y la OCDE reconocieron públicamente que las políticas de crecimiento económico por sí solas no garantizan el bienestar de las sociedades. Esta constatación marca un giro importante, ya que se admite la insuficiencia del modelo centrado exclusivamente en el PIB, la competitividad y la apertura de mercados (p. 28).

Stiglitz subraya que uno de los mayores fracasos del modelo globalizador fue haber priorizado indicadores macroeconómicos sobre la equidad y la sostenibilidad. En muchos países, el crecimiento convivió con el aumento de la desigualdad, la precarización del empleo y el debilitamiento de los servicios públicos. La liberalización financiera permitió la expansión de los flujos de capital, pero también generó vulnerabilidades sistémicas, especialmente en economías con instituciones frágiles o dependientes del crédito externo.

Desde esta perspectiva, el repliegue de la globalización en la última década no puede entenderse únicamente como una reacción política, sino como la consecuencia lógica de una arquitectura económica incapaz de ofrecer seguridad y bienestar a amplios sectores sociales. La promesa de que el libre comercio, la desregulación y la competencia global generarían prosperidad para todos ha quedado desmentida por una realidad de concentración de beneficios en manos de una minoría.

Stiglitz también destaca que el modelo promovido por las instituciones internacionales contribuyó a una transferencia de poder desde los gobiernos democráticos hacia actores tecnocráticos y corporativos. La capacidad de los Estados para regular sus economías, proteger sectores estratégicos o desarrollar políticas sociales fue severamente limitada por acuerdos internacionales, condicionalidades financieras o amenazas de deslocalización. Esta pérdida de soberanía ha alimentado, además, la desafección política y el ascenso de discursos que rechazan frontalmente el orden multilateral.

En términos sociales, hubo logros considerables. Entre 1980 y 2015, la pobreza extrema se redujo de más del 40 % a menos del 10 % a nivel mundial (Erixon, 2018, p. 5). En este sentido, Erixon defiende que la globalización ha sido una herramienta eficaz para reducir la pobreza extrema. La proporción de personas que vivían con menos de 1,90 dólares al día pasó de más del 40 % en 1980 a menos del 10 % en 2015. Esta caída se explica, en parte, por el acceso de millones de personas a empleos industriales ligados a la exportación, así como a los efectos indirectos del crecimiento económico sobre la inversión pública, la infraestructura y el consumo interno. Millones de personas accedieron a empleo industrial, servicios básicos y mejoras materiales vinculadas al crecimiento exportador. La globalización, en su fase expansiva, fue interpretada como un proceso de convergencia y modernización global (Thompson, 2007). Una de las razones que explican el entusiasmo inicial en torno a la globalización fue el reconocimiento de los beneficios asociados al comercio internacional. Thompson (2007) subraya que el intercambio de bienes entre países responde a ventajas comparativas: los países pueden especializarse en aquello que producen con mayor eficiencia y obtener, a cambio, productos que les resultarían más costosos de generar localmente. Este mecanismo no solo permite un uso más racional de los recursos, sino que mejora el acceso a bienes y servicios a menor coste, lo cual eleva el poder adquisitivo de los hogares y mejora su bienestar.

Desde esta lógica, la globalización contribuyó a ampliar las oportunidades de producción y consumo, permitiendo que los factores económicos como la tierra, trabajo y capital, se orientasen hacia actividades con mayor rentabilidad. Al liberar recursos internos de usos ineficientes, los países pudieron incrementar su Producto Interior Bruto y mejorar su integración en la economía global. Esta apertura comercial fue presentada como un proceso mutuamente beneficioso, en el que tanto los países exportadores como los importadores salían ganando.

Thompson destaca también que uno de los beneficios más relevantes de la globalización ha sido el aumento de los salarios reales y del poder adquisitivo en numerosos países de renta baja. Gracias a la inserción en cadenas globales de producción y al acceso a mercados internacionales, muchas economías en desarrollo experimentaron una mejora sustancial de sus indicadores sociales, particularmente en términos de empleo industrial, expansión del consumo y reducción de la pobreza.

Este tipo de argumentos sostuvieron durante años el consenso político e intelectual en torno a la globalización como motor de desarrollo. La posibilidad de transformar a economías tradicionalmente marginadas en plataformas exportadoras viables generó expectativas de convergencia entre Norte y Sur. Países como China, India o Vietnam fueron citados como ejemplos de integración exitosa, en los que la apertura comercial se tradujo en crecimiento sostenido y mejoras sociales tangibles.

No obstante, como ha quedado reflejado en otras secciones del análisis, estos beneficios no fueron homogéneos ni automáticos. El aumento del comercio y de la inversión extranjera fue una condición necesaria pero no suficiente para garantizar un desarrollo equilibrado. La distribución de los beneficios dependió en gran medida de las capacidades institucionales de cada país, de su modelo de inserción en la economía global y de las políticas públicas aplicadas para gestionar la apertura.

Por ello, si bien el enfoque de Thompson permite comprender por qué la globalización fue inicialmente valorada de forma positiva, también ofrece una base para entender las tensiones posteriores. Los beneficios teóricos del libre comercio y la integración global chocaron, en muchos casos, con dinámicas de desigualdad, dependencia o desindustrialización, especialmente en aquellas economías que carecían de instrumentos para orientar el proceso hacia objetivos de desarrollo humano sostenible.

Estos beneficios fueron particularmente visibles en Asia oriental, donde países como China o Corea del Sur lograron tasas de crecimiento sostenido superiores al 8 % anual durante décadas.

Sin embargo, desde sus inicios, este modelo también presentó claroscuros. Mientras se celebraban las ventajas del libre comercio y la apertura de mercados, se hacían evidentes los costes sociales, políticos y ambientales. La movilidad del capital generó una competencia fiscal entre Estados que debilitó sus capacidades redistributivas (Beck, 2002, p. 10). Además, las corporaciones globales utilizan su movilidad estructural como herramienta de presión. Son capaces de negociar condiciones fiscales y regulatorias favorables con los Estados que compiten entre sí para atraer inversión. A través de esta lógica, los actores económicos con mayor escala y liquidez condicionan directamente la soberanía fiscal de los Estados y sancionan indirectamente a aquellos que adoptan políticas menos flexibles a sus intereses (Beck, 2002, p. 10).

Este poder de reorganización no se limita a lo económico. También implica una segmentación del espacio global: las empresas deciden dónde invertir, dónde producir, dónde declarar impuestos y dónde establecer su sede. Esta capacidad de separar geográficamente cada una de estas funciones permite a las élites económicas optimizar su carga fiscal y maximizar sus beneficios en entornos institucionales que favorecen la desregulación (Beck, 2002, p. 10). Las empresas transnacionales negociaban marcos regulatorios más favorables, lo que provocó una "carrera hacia abajo" en protección laboral, estándares ambientales y carga impositiva (Palomo Garrido, 2017). En paralelo, las estructuras productivas tradicionales de muchos países se vieron desplazadas por sectores más vulnerables a la competencia global. Los Estados del centro económico global, como Estados Unidos y la Unión Europea, comenzaron a enfrentar una pérdida relativa de competitividad frente a las potencias emergentes (Palomo Garrido, 2017). Aunque seguían concentrando el 90 % de los activos financieros y el 70 % de las exportaciones manufactureras a finales del siglo XX, su peso en la economía global comenzó a disminuir. Entre 1990 y 2008, los países periféricos aumentaron su participación en la producción mundial del 38 % al 48 %, con China e India representando el 16 % de ese total (Palomo Garrido, 2017). Esta transición reflejaba no solo un cambio en la geografía económica, sino también una redistribución del poder.

La intensificación de la competencia internacional se tradujo en exceso de oferta global, caídas en los precios industriales y una pérdida progresiva de rentabilidad. Entre 1995 y 2000, los precios industriales descendieron a una media anual del 4 %; entre 2002 y 2005, los beneficios

globales disminuyeron un 66 % (Palomo Garrido, 2017). El análisis este autor ofrece una visión crítica y estructural de los efectos de la globalización, centrada en el modo en que este proceso ha reconfigurado las relaciones económicas internacionales, acentuando desigualdades preexistentes y generando nuevas formas de competencia que afectan tanto a países desarrollados como a economías emergentes. A diferencia de las visiones que interpretan la globalización como una dinámica universalmente beneficiosa, el autor sostiene que ha sido un proceso profundamente asimétrico, en el que las ventajas y los costes se distribuyen de forma desigual según la posición que cada país ocupa en la jerarquía del sistema mundial.

Una de las tesis centrales de Palomo es que la globalización ha acelerado el tránsito desde un sistema económico organizado en torno a bloques relativamente estables, como la Triada formada por Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, hacia un entorno de competencia globalizada, caracterizado por una creciente interdependencia, una intensificación de las rivalidades por recursos, y un debilitamiento relativo del poder económico de las antiguas potencias hegemónicas. Esta transformación se explica, en parte, por la incorporación de nuevos actores al sistema productivo mundial, especialmente China, India, Brasil y otros países emergentes. Entre 1990 y 2008, los países de la periferia pasaron de representar el 38 % de la producción mundial al 48 %, mientras que China e India concentraban ya el 16 % de dicha producción. En paralelo, el peso de Estados Unidos en el PIB global descendía del 22 % al 18 %, el de la Unión Europea del 30 % al 20 %, y el de Japón del 8 % al 6 %.

Este desplazamiento relativo del centro económico mundial también se reflejó en el plano corporativo. En 2006, Estados Unidos contaba con 170 de las mayores corporaciones del mundo; en 2010, esta cifra había caído a 139. En ese mismo periodo, China pasó de tener 20 a 46 empresas entre las más grandes, e India de 4 a 7. Esta tendencia señala un cambio cualitativo en el mapa del poder económico global: ya no está exclusivamente concentrado en Occidente, sino que se encuentra más repartido, aunque no de forma equitativa ni democrática.

Ahora bien, este proceso de redistribución del poder económico no ha implicado necesariamente una mejora en las condiciones estructurales del sistema internacional. Según Palomo, la globalización ha dado lugar a un escenario de competencia exacerbada, en el que los distintos actores compiten por atraer capital, acceder a mercados estratégicos y asegurar suministros críticos. Esta competencia ha llevado a una situación de exceso de oferta en numerosos sectores industriales. Entre 1994 y 1995, los precios industriales mundiales crecían a una media del 6,6 % anual. Sin embargo, en 1996 los precios cayeron un 2,7 %, en 1997 un

7,3 %, en 1999 un 2,8 % y en 2000 otro 2,8 %. La caída media anual entre 1995 y 2000 fue del 4 %. La consecuencia directa de esta tendencia fue la pérdida de rentabilidad empresarial a escala global. De hecho, entre 2002 y 2005, los beneficios globales descendieron un 66 %, afectando a múltiples sectores productivos.

Este descenso en la rentabilidad motivó un cambio de estrategia en muchas corporaciones, que comenzaron a desplazar parte de sus inversiones desde el sector industrial hacia actividades financieras, más lucrativas a corto plazo, pero también más volátiles. La forma de financiarse de la economía global, impulsada en parte por esta búsqueda de rentabilidad, generó nuevas burbujas especulativas y debilitó la base productiva de muchas economías avanzadas. Al mismo tiempo, esta situación reforzó la presión sobre los gobiernos para aplicar políticas que redujesen costes laborales, flexibilizasen los mercados de trabajo y recortasen el gasto público.

En el centro del sistema, estas dinámicas dieron lugar a una crisis del modelo de bienestar. La pérdida de competitividad relativa de Estados Unidos y Europa llevó a muchos gobiernos a implementar políticas fiscales regresivas, reducir la inversión pública y facilitar la deslocalización de empresas. El resultado fue una transformación del contrato social: menos protección, más incertidumbre y un mercado de trabajo cada vez más precarizado. Este escenario ha sido una de las principales causas del malestar social que, en los años posteriores, alimentó el ascenso de movimientos populistas y el rechazo a las instituciones internacionales.

A nivel estructural, Palomo sostiene que la globalización ha favorecido a quienes ya disponían de recursos y capacidad de adaptación. Las grandes corporaciones, dotadas de movilidad financiera y productiva, han sabido aprovechar las oportunidades del mercado global, beneficiándose de la reducción de barreras y la externalización de costes sociales. En cambio, los Estados, particularmente aquellos con menos capacidad institucional o poder de negociación, se han visto forzados a competir entre sí mediante una carrera hacia abajo: rebajas fiscales, desregulación ambiental, debilitamiento de derechos laborales, etc.

El resultado ha sido la consolidación de una arquitectura económica profundamente desigual. A finales del siglo XX, el 90 % de los activos financieros mundiales, el 65 % del PIB global y el 70 % de las exportaciones manufactureras se concentraban en los países del centro. El 85 % de la inversión extranjera directa salía de esas economías, y el 66 % tenía como destino los mismos centros. Sin embargo, estos datos ocultan una transformación significativa: muchos países de la periferia comenzaron a industrializarse con una orientación claramente exportadora. Esta estrategia, aunque exitosa en términos de crecimiento, supuso una nueva

forma de dependencia, ya que consolidó el papel de esos países como plataformas de ensamblaje al servicio de las grandes corporaciones transnacionales.

En términos monetarios, también se produjeron reequilibrios relevantes. En 1999, el 71 % de las reservas mundiales estaba nominado en dólares, el 18 % en euros, el 3 % en libras esterlinas y el 6 % en yenes. En 2010, el dólar descendió al 62 %, el euro subió al 24 % y el resto de monedas al 12 %. Este desplazamiento refleja una pérdida de confianza relativa en la moneda estadounidense, que coincidió con un contexto de endeudamiento masivo del gobierno federal, cuyos pagos superaban en ocasiones el volumen de inversión extranjera que recibía. Palomo advierte que, a principios del siglo XXI, existían ya indicios de una posible crisis de confianza estructural en el dólar, con consecuencias potenciales para el orden financiero internacional.

Ante este panorama, los Estados del centro reaccionaron con políticas de repliegue estratégico. Muchos comenzaron a aplicar medidas proteccionistas, ofrecer subsidios a empresas nacionales y revisar tratados comerciales que antes defendían. Esta contradicción entre un discurso a favor del libre mercado y unas prácticas crecientemente intervencionistas, mostró los límites del modelo globalizador tal como había sido formulado desde los años ochenta.

Para preservar sus márgenes, las empresas se volcaron hacia la financiación, abandonando sectores productivos por inversiones especulativas. Esta dinámica profundizó la inestabilidad financiera global (Stiglitz, 2011, p. 28). Al mismo tiempo, las instituciones internacionales comenzaron a ser percibidas como parte del problema. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial impusieron políticas de ajuste estructural en países en desarrollo sin atender a sus particularidades institucionales. Las consecuencias fueron recesiones prolongadas, pérdida de soberanía y deterioro del tejido social (Stiglitz, 2002, p. 18–23).

Un ejemplo claro de problemas con la globalización es Etiopía. Ahí la liberalización impuesta desmanteló un sistema bancario funcional (Stiglitz, 2002, p. 19). Durante los años noventa, la experiencia acumulada mostró que las políticas estándar del FMI no ofrecían soluciones reales a las crisis económicas. El caso de Etiopía ilustra claramente este problema: la liberalización del mercado financiero fue impuesta como condición para recibir asistencia, a pesar de que el sistema bancario etíope adaptado a un entorno rural, funcionaba con eficiencia en términos de provisión de crédito agrícola. El resultado fue la desarticulación de un modelo que respondía adecuadamente a las necesidades del país (Stiglitz, 2002, p. 19).

En América Latina, la apertura de los servicios debilitó la capacidad estatal y amplió las brechas sociales (Stiglitz, 2002, p. 21). Muchos países aplicaron fielmente las recomendaciones del

FMI y del Banco Mundial, en particular las relacionadas con la liberalización del comercio de servicios. El balance fue negativo en términos de crecimiento sostenido, equidad y cohesión social. En lugar de facilitar un desarrollo más equilibrado, estas reformas contribuyeron a la fragmentación de los sistemas públicos, al debilitamiento del Estado y al aumento de la vulnerabilidad frente a los mercados financieros globales (Stiglitz, 2002, p. 21).

La falta de legitimidad y representatividad de estas instituciones alimentó una creciente desafección social y política. A pesar del crecimiento agregado, las desigualdades aumentaron.

En Estados Unidos, el 10 % más rico capturó el 96 % del excedente económico en las últimas décadas (Beck, 2002, p. 14). En la Unión Europea, el 70 % del crecimiento se concentró en una minoría, mientras persistían cifras elevadas de pobreza, desempleo y exclusión (Beck, 2002, p. 14). Las consecuencias sociales de este modelo han sido profundas. Aunque el crecimiento agregado de la economía europea en las últimas décadas ha sido considerable, gran parte de ese incremento se ha concentrado en manos de una minoría, mientras que persisten cifras elevadas de pobreza estructural, desempleo y exclusión residencial. En el caso de Estados Unidos, el reparto del excedente económico ha beneficiado casi exclusivamente al 10 % más acomodado de la población (Beck, 2002, p. 14). Esta asimetría no puede explicarse sin considerar la arquitectura de la globalización y el papel que desempeñan en ella los actores no estatales.

A partir de la crisis financiera de 2008, estas tensiones estructurales se volvieron insostenibles. Incluso organismos como el FMI y la OCDE comenzaron a reconocer que el crecimiento por sí solo no garantizaba el bienestar (Stiglitz, 2011). Tras la crisis financiera global de 2008, incluso las instituciones que tradicionalmente defendieron los fundamentos económicos de la globalización comenzaron a revisar sus planteamientos. Según señala Stiglitz (2011), organismos como el Fondo Monetario Internacional y la OCDE reconocieron públicamente que las políticas de crecimiento económico por sí solas no garantizan el bienestar de las sociedades. Esta constatación marca un giro importante, ya que se admite la insuficiencia del modelo centrado exclusivamente en el PIB, la competitividad y la apertura de mercados.

Stiglitz subraya que uno de los mayores fracasos del modelo globalizador fue haber priorizado indicadores macroeconómicos sobre la equidad y la sostenibilidad. En muchos países, el crecimiento convivió con el aumento de la desigualdad, la precarización del empleo y el debilitamiento de los servicios públicos. La liberalización financiera permitió la expansión de

los flujos de capital, pero también generó vulnerabilidades sistémicas, especialmente en economías con instituciones frágiles o dependientes del crédito externo.

Desde esta perspectiva, el repliegue de la globalización en la última década no puede entenderse únicamente como una reacción política, sino como la consecuencia lógica de una arquitectura económica incapaz de ofrecer seguridad y bienestar a amplios sectores sociales. La promesa de que el libre comercio, la desregulación y la competencia global generarían prosperidad para todos ha quedado desmentida por una realidad de concentración de beneficios en manos de una minoría.

Stiglitz también destaca que el modelo promovido por las instituciones internacionales contribuyó a una transferencia de poder desde los gobiernos democráticos hacia actores tecnocráticos y corporativos. La capacidad de los Estados para regular sus economías, proteger sectores estratégicos o desarrollar políticas sociales fue severamente limitada por acuerdos internacionales, condicionalidades financieras o amenazas de deslocalización. Esta pérdida de soberanía ha alimentado, además, la desafección política y el ascenso de discursos que rechazan frontalmente el orden multilateral.

En este contexto, el autor aboga por una globalización diferente, basada en principios de justicia, transparencia y responsabilidad democrática. Propone una reforma profunda de las instituciones financieras internacionales, que incluya mecanismos reales de representación para los países en desarrollo, sistemas de evaluación de impacto social, y normas que impidan la evasión fiscal y el abuso de los paraísos fiscales. A su juicio, solo una reorganización profunda del orden económico global podrá evitar que el proceso de desglobalización desemboque en fragmentación, conflictos o nuevas formas de proteccionismo agresivo.

La globalización neoliberal, basada en indicadores macroeconómicos, se mostró incapaz de proporcionar estabilidad, equidad o cohesión social. El debilitamiento de los Estados y la concentración del poder económico generaron una crisis de gobernabilidad global (Cervantes González, 2022, p. 3). El trabajo de este autor ofrece un análisis del agotamiento del ciclo expansivo de la globalización. A partir de un enfoque que combina datos económicos, políticos e institucionales, el autor plantea que desde la crisis financiera de 2008 el sistema global muestra signos sostenidos de estancamiento, fragmentación y pérdida de legitimidad. Lejos de ser una fase pasajera, este proceso de desaceleración apunta a una transformación estructural del orden económico internacional.

Uno de los síntomas más evidentes de este cambio es el descenso constante del crecimiento económico mundial. Según datos de la OCDE, recogidos por el autor, entre 2012 y 2020 el crecimiento del PIB global se mantuvo por debajo del 3 %, en un entorno marcado por la baja demanda agregada, la incertidumbre financiera y el debilitamiento del comercio. Mientras tanto, China, que en 2012 crecía a una tasa cercana al 8 %, redujo su ritmo de expansión hasta el 6 % en 2020, y Estados Unidos se estabilizó por debajo del 3 %. Este descenso sostenido refleja una pérdida de dinamismo estructural en las tres principales economías del mundo (Cervantes González, 2022, p. 3).

Esta percepción de agotamiento también se reflejó en el índice KOF de globalización, que desde 2008 ha mostrado una tendencia a la estabilización e incluso al retroceso en sus dimensiones económicas y financieras (Cervantes González, 2022, p. 11). Esta dinámica se refleja también en el índice KOF de globalización, especialmente en sus dimensiones económica y financiera. Aunque el crecimiento del índice fue sostenido desde 1970 hasta mediados de los 2000, a partir de 2008 se observa una estabilización con ligeros retrocesos. La globalización financiera, en particular, muestra una reducción en su tendencia expansiva, lo cual apunta a una reestructuración de los flujos de capital, cada vez más condicionados por factores geopolíticos y regulatorios (Cervantes González, 2022, p. 11).

El orden liberal internacional, sustentado en el multilateralismo y la cooperación institucional, comenzó a fragmentarse. Surgieron estrategias nacionales de protección, subsidios y bloqueo comercial (Palomo Garrido, 2017). El Brexit, la guerra comercial entre China y Estados Unidos y la parálisis de la OMC reflejan un cambio estructural (Cervantes González, 2022, p. 14). Uno de los elementos centrales del diagnóstico de Cervantes González es la progresiva politización de la economía internacional. El ascenso de potencias como China ha provocado un giro estratégico en países como Estados Unidos y la Unión Europea, que han comenzado a revisar los fundamentos de la apertura comercial y a aplicar medidas de control y protección en sectores considerados estratégicos. La guerra comercial entre EE. UU. y China, el debilitamiento de la OMC, la revisión de tratados multilaterales y el uso de sanciones económicas como instrumento de presión política son signos claros de una transición hacia una economía mundial más fragmentada y conflictiva (Cervantes González, 2022, p. 14).

Los Estados ya no confían en las reglas globales como garantes de prosperidad, y priorizan la seguridad nacional, la autosuficiencia tecnológica y la soberanía económica. Esta situación ha

llevado a una creciente regionalización de los intercambios, que en muchos casos sustituye la antigua lógica multilateral por acuerdos bilaterales o entre bloques.

Este nuevo escenario se caracteriza por una politización de la economía global. El comercio y la inversión ya no son percibidos como mecanismos neutrales de desarrollo, sino como herramientas de poder estratégico (Cervantes González, 2022, p. 14). La transformación digital y el control de los datos han reemplazado en parte a los flujos de bienes como eje de la interdependencia. Esto ha dado lugar a nuevas formas de conflicto, menos visibles, pero más estructurales (Cervantes González, 2022, p. 21). Más allá de lo político, Cervantes González subraya también el papel de la transformación tecnológica. Las nuevas cadenas globales de valor se organizan ahora en torno a competencias digitales, inteligencia artificial y control de datos, lo que ha reducido el peso relativo del comercio de bienes y aumentado el interés por el control de infraestructuras digitales y plataformas. Este cambio ha dado lugar a nuevas formas de conflicto económico, basadas menos en tarifas y más en restricciones tecnológicas, barreras normativas y subsidios estatales (Cervantes González, 2022, p. 21).

La liberalización deja paso a la protección de sectores estratégicos, las disputas por la propiedad intelectual y la competencia por el liderazgo en tecnologías clave como la inteligencia artificial.

En este contexto, la rivalidad entre China y Estados Unidos se ha convertido en el eje central del nuevo orden global. China ha logrado consolidarse como una potencia económica, tecnológica y geopolítica, desafiando la hegemonía estadounidense (Palomo Garrido, 2017). Desde principios de siglo, ha incrementado su peso en el PIB global, ha expandido su red de inversiones exteriores y ha impulsado iniciativas como la Ruta de la seda para construir una alternativa al modelo occidental. Estados Unidos, por su parte, ha reaccionado con medidas proteccionistas, sanciones tecnológicas y una reconfiguración de sus alianzas internacionales (Cervantes González, 2022, p. 18).

En este contexto, el autor destaca que los discursos nacionalistas y proteccionistas ya no son fenómenos marginales, sino componentes centrales de la política económica de muchas democracias avanzadas. El Brexit, la política comercial de Donald Trump o el resurgimiento de propuestas soberanistas en Europa evidencian una pérdida de consenso en torno a los beneficios de la integración global. Esta crisis de legitimidad no solo afecta a los acuerdos comerciales, sino también a las instituciones multilaterales que los sustentaban, como el FMI, el Banco Mundial o la propia OMC (Cervantes González, 2022, p. 18).

Ambos actores han reforzado sus capacidades internas y su presencia estratégica, marcando una dinámica de competencia estructural que redefine los términos de la globalización.

A este reordenamiento hay que sumar el impacto del populismo, que ha dejado de ser una anomalía para convertirse en un factor estructurante de la política internacional. Los gobiernos populistas han erosionado la legitimidad de las instituciones multilaterales, han obstaculizado procesos de cooperación y han promovido una narrativa de repliegue soberanista frente a las élites globales (Pacciardi et al., 2024, p. 2–4). Esta tendencia, que se abordará en la siguiente sección, constituye uno de los mayores retos para la gobernanza global y para el futuro de la interdependencia internacional. Lejos de ser una excepción, el populismo refleja una respuesta política a las promesas incumplidas de la globalización y a las desigualdades estructurales que ha generado. Su auge pone en cuestión los fundamentos normativos del orden liberal y abre la puerta a escenarios más fragmentados, conflictivos e imprevisibles.

En el contexto actual, uno de los factores más relevantes que explican la transformación del orden global es el auge del populismo y su impacto en la política exterior y la legitimidad de las instituciones internacionales. Según Pacciardi, Spandler y Söderbaum (2024), los líderes populistas tienden a proyectar su discurso nacional hacia el ámbito internacional, construyendo una narrativa en la que se presentan como representantes de la voluntad del pueblo frente a las élites transnacionales. Esta estrategia refuerza su legitimidad interna y al mismo tiempo debilita los mecanismos de cooperación multilateral, al identificar a las instituciones internacionales como parte del problema, no de la solución (Pacciardi et al., 2024, p. 2).

En esta línea y reiterando lo que se ha dicho anteriormente, el populismo configura una orientación concreta de política exterior. Los gobiernos populistas suelen adoptar posiciones que obstruyen decisiones colectivas en el plano internacional, retiran fondos, bloquean procesos de negociación o amenazan con la retirada de tratados o acuerdos. Estas acciones no son meramente tácticas, sino que responden a una lógica interna que busca cohesionar a sus bases sociales mediante la confrontación con actores considerados como externos o ilegítimos (Pacciardi et al., 2024, p. 3).

Aunque el cuestionamiento al multilateralismo no es nuevo, ya que desde los años setenta ya se advertía sobre la mala ejecución de las instituciones internacionales en conflictos entre bloques o entre el Norte y el Sur, lo que diferencia al populismo contemporáneo es su rechazo frontal a los principios fundacionales del orden internacional liberal: la cooperación, la jerarquía institucional, el compromiso normativo y la solución colectiva de problemas. Según

los autores, esto representa una amenaza cualitativamente distinta, porque deslegitima no solo la actuación práctica de las instituciones, sino sus bases normativas y conceptuales (Pacciardi et al., 2024, p. 3).

Además, la crítica populista a las organizaciones internacionales se alimenta de un malestar más amplio vinculado a las consecuencias negativas de la globalización. Las percepciones de pérdida de soberanía, precariedad económica o desigualdad social han sido utilizadas para erosionar el apoyo ciudadano al multilateralismo. En este sentido, el populismo conecta con el descontento generado por las políticas neoliberales y lo canaliza en una dirección que cuestiona la arquitectura institucional construida tras la Segunda Guerra Mundial. Lo que está en juego, por tanto, no es solo la eficacia de las instituciones, sino su legitimidad ante unas sociedades cada vez más polarizadas (Pacciardi et al., 2024, p. 4).

Desde un enfoque estructural, los autores también advierten que este debilitamiento del orden internacional liberal no proviene únicamente de actores occidentales. Estados no occidentales también han utilizado estrategias de bloqueo o retirada para disputar las reglas de juego global. Sin embargo, mientras en estos casos el objetivo puede ser redistribuir poder dentro del sistema, en el caso del populismo occidental se observa un desinterés activo por la cooperación internacional como principio. Esta diferencia en la naturaleza de la oposición plantea desafíos distintos a la gobernanza global.

Por tanto, la dinámica actual no solo está marcada por la reorganización económica o la competencia tecnológica, sino también por un cuestionamiento político e ideológico del sistema multilateral. La erosión del apoyo interno en las democracias liberales a las instituciones globales debilita la capacidad colectiva para responder a crisis comunes y abre la puerta a escenarios de fragmentación, unilateralismo o bloqueos prolongados. Esta tendencia no solo afecta la eficacia del sistema internacional, sino que pone en riesgo su propia sostenibilidad.

En definitiva, la globalización ha transformado profundamente el sistema internacional, generando tanto oportunidades como desigualdades estructurales que han debilitado el consenso en torno a sus beneficios. La creciente fragmentación del orden liberal, la pérdida de legitimidad de las instituciones internacionales y el auge de discursos soberanistas son síntomas de una crisis más profunda. En este contexto, el populismo no solo emerge como una reacción al modelo globalizador, sino como uno de los principales factores que configuran la política internacional contemporánea, cuya influencia creciente será analizada en el siguiente apartado.

## Actualidad: populismo

En la actualidad, el panorama internacional se encuentra marcado por una creciente inestabilidad económica, tensiones geopolíticas y una pérdida de confianza en las instituciones y organizaciones. La globalización, que durante décadas se presentó como un motor de crecimiento para todos, está siendo cada vez más cuestionada a medida que se hacen más evidentes sus efectos negativos. Las desigualdades estructurales se han acentuado, tanto entre países como dentro de ellos, generando un profundo malestar social como se ha plasmado en la sección anterior. Este escenario ha propiciado la aparición de discursos políticos emocionales y populistas que intentan llegar al descontento ciudadano y manipularles en intentar ponerles en contra del orden liberal internacional que siempre se ha promulgado.

El populismo puede entenderse como una estrategia política que apela a una división entre un pueblo frente a unas élites corruptas y desconectadas de las necesidades reales de la ciudadanía (Gusterson, 2017). Esta narrativa, conlleva manipulaciones, la simplificación de problemas complejos, la promesa de soluciones inmediatas y el uso continuo del diálogo donde los actores externos intentan dañar a ese pueblo. Según Kazin (2016, citado en Gusterson, 2017), el populismo combina elementos de ideología, estilo, estrategia y marketing político, lo que explica su capacidad para adaptarse a contextos diversos y para conectar con sectores sociales que se sienten marginados por el modelo globalizador.

El populismo ha emergido como una respuesta a las contradicciones del neoliberalismo y a los efectos no deseados de la globalización. Como explica Cervantes González (2022), el crecimiento continuo de las desigualdades entre otros motivos, han cuestionado el consenso en torno a los beneficios del libre comercio y de la integración económica, provocando un cambio en el panorama político, en la que actores populistas ocupan un lugar central.

Como han señalado Pacciardi, Spandler y Söderbaum (2024), muchos gobiernos populistas adoptan una política exterior defensiva, que se traduce en bloqueos a decisiones colectivas, la retirada de tratados internacionales o la reducción de aportes a organismos multilaterales. En esta estrategia, el multilateralismo es percibido como una amenaza a la nación.

Toda esta teoría, se puede ver reflejado en dos claros casos: El Brexit y la administración de Donald Trump. Empezando por el caso del Reino Unido y el Brexit, en el referéndum de 2016, la mayoría del electorado británico optó por abandonar la Unión Europea, en una votación marcada por el discurso populista. Los promotores del Brexit apelaron a la idea de recuperar el control sobre las fronteras, la legislación y la economía, argumentando que la pertenencia al

bloque europeo implicaba una pérdida inaceptable de soberanía. Como explica Gusterson (2017), este tipo de nacionalismo populista se alimenta de un malestar real provocado por la desindustrialización, el aumento de la inmigración y la percepción de que las decisiones políticas se toman en instancias lejanas e inaccesibles.

La campaña a favor del Brexit hizo uso de mensajes emocionales y simplistas, que vinculaban la pertenencia a la Unión Europea con el deterioro del sistema de salud, el aumento de la delincuencia y la precariedad laboral. Aunque los argumentos económicos racionales no respaldaban la salida, el discurso populista logró movilizar a un electorado amplio que logró su meta. (Cervantes González, 2022).

La decisión de abandonar la Unión Europea ha tenido consecuencias significativas tanto para el Reino Unido como para la Unión Europea en su conjunto. En términos económicos, el Brexit ha generado incertidumbre, ha reducido la inversión extranjera y ha afectado negativamente al comercio bilateral. Pero sus efectos van más allá de lo económico: ha legitimado una forma de hacer política basada en la confrontación, el rechazo a la cooperación internacional y la exaltación de una identidad nacional excluyente. Según Pacciardi et al. (2024), este tipo de posicionamiento populista contribuye a erosionar los principios del orden liberal, debilitando los mecanismos de solución colectiva de problemas y fomentando dinámicas de fragmentación y conflicto.

De forma paralela, el ascenso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en 2016 representó otro hito en el auge del populismo en el contexto internacional. Su victoria se produjo en un entorno de malestar social y polarización creciente, en el que amplios sectores de la población percibían que el modelo económico y político vigente no respondía a sus intereses. El lema "America First" sintetizó una propuesta de auge nacional frente a la globalización, basada en la defensa de los empleos nacionales, la renegociación de acuerdos comerciales y el endurecimiento de las políticas migratorias (Gusterson, 2017).

Como ha señalado Gusterson (2017), el discurso de Trump apeló a una visión nostálgica del pasado industrial del país, al tiempo que culpabilizaba a la inmigración, a China y a los tratados de libre comercio del deterioro económico de las clases medias. Sin embargo, como también destaca este autor, el relato que presenta al presidente estadounidense como un defensor de los trabajadores, oculta el hecho de que su electorado incluía a amplios sectores acomodados, pequeños empresarios y profesionales, que compartían una visión conservadora de la sociedad y un rechazo a los valores cosmopolitas. De hecho, las encuestas mostraron que la mayoría de

sus votantes tenían ingresos superiores a la media nacional, y que su apoyo se concentraba en personas mayores, blancas y sin educación universitaria.

Desde el poder, la administración Trump llevó a cabo una serie de medidas que reflejan una agenda populista en política exterior: la retirada del Acuerdo de París, la denuncia del acuerdo nuclear con Irán, la salida de la UNESCO, el bloqueo a la Organización Mundial del Comercio y la confrontación constante con China. Estas acciones no solo respondían a una lógica nacionalista, sino que también buscaban debilitar el entramado institucional que había sostenido el orden internacional liberal desde la Segunda Guerra Mundial (Cervantes González, 2022).

Esta postura estadounidense tuvo implicaciones globales. En primer lugar, debilitó el liderazgo de Estados Unidos en la promoción del multilateralismo y de normas internacionales comunes. En segundo lugar, generó un vacío de poder que fue aprovechado por otros actores, como China, para reforzar su influencia en espacios estratégicos. En tercer lugar, incentivó a otros gobiernos a adoptar posiciones más nacionalistas, contribuyendo a la fragmentación del sistema internacional y al debilitamiento de los compromisos colectivos frente a desafíos comunes como el cambio climático o las pandemias (Macías Urbano, 2023).

Por otro lado, la pandemia de COVID-19 acentuó estas tendencias fragmentarias. La respuesta de muchos Estados estuvo marcada por el cierre de fronteras, la competencia por recursos sanitarios y la priorización de intereses nacionales frente a la solidaridad internacional. Esta situación puso en evidencia los límites del sistema multilateral y la fragilidad de la cooperación global ante crisis sistémicas. En este contexto, el populismo encontró nuevos argumentos para cuestionar el orden internacional, presentando la gestión global de la pandemia como un fracaso y reforzando la idea de que solo el Estado puede proteger eficazmente a sus ciudadanos (Macías Urbano, 2023).

A nivel teórico, estos fenómenos pueden ser interpretados como una respuesta a la crisis de interdependencia que caracteriza al mundo contemporáneo. Como plantean Keohane y Nye (1973), la creciente interdependencia entre Estados genera tanto oportunidades como vulnerabilidades. Cuando los beneficios de la globalización no se distribuyen equitativamente, los sectores perdedores tienden a reclamar mayor autonomía y control nacional. El populismo responde a esta demanda, ofreciendo una narrativa en la que la recuperación de la soberanía aparece como la solución a los problemas generados por la apertura económica y la pérdida de control sobre los flujos globales.

Cambiando de argumento, Wallerstein (2006) sostiene que el sistema global capitalista tiende a desarrollar desigualdades, lo que genera que los momentos de crisis se conviertan en oportunidades para los discursos anti sistémicos. El populismo puede ser interpretado como una forma de resistencia frente a un orden económico establecido y oportunista. Sin embargo, esta forma de resistencia no siempre implica una propuesta transformadora o democrática; en muchos casos, se traduce en una regresión autoritaria y en un cierre frente al otro.

En efecto, uno de los riesgos del populismo es su tendencia a erosionar los principios democráticos y a fomentar dinámicas de exclusión. Como advierte Ülgen (2022), el ascenso de gobiernos populistas ha ido acompañado en muchos casos de un debilitamiento del Estado de derecho, de ataques a la libertad de prensa y de una creciente polarización social. De este modo, el populismo no solo cuestiona el orden internacional, sino también los fundamentos del orden democrático.

Además, como indican Pacciardi et al. (2024), el populismo contemporáneo se diferencia de formas anteriores en su desinterés activo por la cooperación internacional. Mientras que en el pasado algunos movimientos buscaban reformar el sistema desde dentro, los populistas actuales tienden a deslegitimar por completo las instituciones internacionales, sin ofrecer alternativas viables. Esta actitud mina la capacidad del sistema internacional para hacer frente a desafíos globales que requieren respuestas coordinadas, como el cambio climático, la seguridad alimentaria entre otras.

En este contexto, el populismo representa tanto un síntoma como una amenaza. Es síntoma de una crisis más profunda del modelo de globalización neoliberal, que ha generado expectativas incumplidas y ha debilitado los mecanismos de protección social. Pero también es una amenaza para el orden internacional, en la medida en que fomenta el unilateralismo y el conflicto. Como concluye Cervantes González (2022), el desafío actual consiste en construir una nueva arquitectura institucional que sea capaz de responder a las demandas de justicia social y a la necesidad de cooperación global, sin caer en soluciones simplificadas ni excluyentes.

Ahora en la siguiente parte se va a plasmar los resultados del trabajo realizado.

## Resultados del análisis

Los resultados que se presentan a continuación se basan en el análisis desarrollado a lo largo del trabajo y en las aportaciones de diversos autores que han abordado el fenómeno de la globalización. El objetivo es establecer un contraste entre lo que se esperaba teóricamente de este proceso y lo que realmente ha sucedido en la práctica. A través de este enfoque se busca identificar los principales desajustes entre lo deseado y lo ocurrido.

Las teorías que respaldaron el discurso favorable a la globalización, especialmente aquellas vinculadas a la economía neoclásica, partían de la premisa de que la apertura comercial y financiera, la liberalización del mercado y la expansión de las tecnologías globales producirían beneficios a todos. Se asumía que la especialización productiva permitiría aumentar la eficiencia, que la competencia impulsaría la innovación y que el crecimiento económico resultante se distribuiría de manera amplia. También se sostenía que la interdependencia económica reforzaría la estabilidad institucional y favorecería la cooperación internacional. En este marco, la globalización era presentada como una herramienta para superar los límites nacionales y construir una economía mundial más dinámica, integrada y cohesionada.

Sin embargo, los resultados muestran una realidad más compleja. Stiglitz (2011) sostiene que el modelo económico impulsado por la globalización ha incrementado la desigualdad dentro de los países. En lugar de generar una mejora homogénea del bienestar, los beneficios se han concentrado en una minoría. Las políticas implementadas han favorecido al sector financiero y a los grupos económicos con capacidad de influencia política, mientras que el Estado ha reducido su papel en la redistribución de recursos y en la protección social. El mercado, lejos de autorregularse, ha provocado desequilibrios que han debilitado la cohesión social y el funcionamiento democrático. Esta situación ha tenido efectos visibles en la pérdida de confianza de sectores amplios de la población hacia las instituciones y en el surgimiento de discursos críticos hacia el orden económico global.

Milanovic (2016) presenta un análisis cuantitativo de la evolución de los ingresos globales entre 1988 y 2008. Su trabajo identifica dos grandes grupos beneficiados por la globalización: las clases medias de ciertos países emergentes, como China e India, y el 1 % más rico de la población mundial, principalmente localizado en los países desarrollados. En cambio, las clases medias y trabajadoras de estos últimos han experimentado una pérdida de poder adquisitivo. Estos resultados contradicen la expectativa teórica de una convergencia sostenida entre economías y de un aumento generalizado de los niveles de vida. El autor también advierte que

la creciente concentración de riqueza está vinculada a un proceso de captura política que reduce la capacidad de las instituciones para responder a las demandas del conjunto de la población. Esta polarización de beneficios ha contribuido al malestar social y al auge de respuestas políticas que cuestionan la apertura económica.

Rodríguez-Pose y Crescenzi (2008) abordan la dimensión territorial de este proceso. Su investigación demuestra que la globalización ha intensificado las disparidades entre regiones. Las áreas urbanas con altas capacidades tecnológicas e institucionales han concentrado la inversión y el empleo de mayor valor añadido, mientras que amplias zonas periféricas han quedado fuera de los circuitos globales de crecimiento. Esta dinámica contradice la noción de un espacio económico plano y homogéneo. Las oportunidades no se han extendido de forma equilibrada, sino que se han acumulado en territorios con ventajas estructurales preexistentes. En muchos casos, la intervención pública ha sido insuficiente para contrarrestar esta concentración. La lógica de competitividad territorial ha favorecido a los núcleos ya desarrollados y ha marginado a los espacios con menor capacidad para integrarse en los mercados globales.

Como argumento positivo, Erixon (2018) defiende que la globalización ha contribuido al aumento de la productividad y a la mejora de las condiciones materiales de vida en numerosos países. Según su análisis, la competencia internacional ha forzado a las empresas a ser más eficientes, ha ampliado la variedad de productos disponibles y ha reducido los precios para los consumidores en algunos mercados y sectores. Además, la integración en cadenas globales de valor ha permitido una asignación más efectiva de recursos y ha acelerado la difusión tecnológica. Estos efectos coinciden con las previsiones iniciales sobre los beneficios del comercio y la inversión internacional. Erixon considera que muchos de los avances tecnológicos y transformaciones productivas observadas en las últimas décadas no habrían sido posibles sin el marco globalizador.

Sin embargo, Erixon (2018) también reconoce que estos efectos positivos no se han distribuido de forma uniforme. Determinados sectores y regiones han sido desplazados por la reestructuración económica, sin que existieran mecanismos eficaces de compensación. El aumento de la productividad no ha sido acompañado de una mejora equivalente en las condiciones laborales para todos los trabajadores. En sectores sometidos a fuerte competencia externa, se han deteriorado los salarios, las condiciones contractuales y la estabilidad del

empleo. Estas tensiones han generado reacciones sociales que, en algunos países, han debilitado el consenso en torno a la globalización.

Por otro lado, Thompson (2007) defiende que la idea de que cada país se especializa en lo que mejor produce (las ventajas comparativas) sigue siendo válida hoy en día. Según él, los países que han abierto sus economías al comercio internacional han logrado crecer más a largo plazo y reducir la pobreza. Ejemplos como Corea del Sur, Taiwán o China muestran que participar en el comercio global ha ayudado a aumentar los ingresos y a diversificar su economía. Además, la competencia con otros países ha servido para hacer más eficiente la producción y promover la economía. Thompson también destaca que, gracias al comercio, muchos países han podido entrar en mercados importantes y acceder a tecnología avanzada, lo que ha mejorado sus posibilidades de desarrollo.

A pesar de ello, Thompson (2007) también reconoce que la transición hacia una economía totalmente global implica costes sociales y económicos. Los sectores menos competitivos pierden peso, y los trabajadores afectados requieren procesos de readaptación que no siempre se desarrollan con éxito. El ajuste estructural no es inmediato ni automático, y su gestión depende en gran medida de las políticas nacionales. En ausencia de estas, los efectos negativos del cambio se agudizan, lo cual genera una percepción desfavorable sobre los procesos de apertura económica. Además, las políticas de compensación y reentrenamiento laboral han sido limitadas, lo que ha dificultado la inserción de los sectores perdedores en nuevas dinámicas productivas.

Otro elemento que condiciona los efectos de la globalización es la dimensión tecnológica. Van Dijk (2005) sostiene que el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación no se ha producido de forma equitativa. La llamada brecha digital refleja diferencias en el acceso, en el uso y en la capacidad de aprovechar las oportunidades que ofrece la economía digital. Esto genera nuevas formas de exclusión que refuerzan las desigualdades existentes. La promesa de una globalización basada en el conocimiento y en la conectividad universal no se ha cumplido. En lugar de democratizar el acceso a la información y a los beneficios del crecimiento, las nuevas tecnologías han beneficiado principalmente a quienes ya contaban con recursos y capital cultural. El resultado es un ecosistema digital segmentado, que reproduce desigualdades estructurales.

El análisis general muestra que la distancia entre las expectativas teóricas de la globalización y los resultados observados es significativa. Las proyecciones sostenían que la apertura de

mercados conduciría a un aumento del bienestar, a una mayor equidad y a una integración más profunda entre países. Sin embargo, los datos señalan que los beneficios han sido selectivos y que los costes sociales no siempre han sido asumidos de manera equitativa, lo cual ha generado conflictos y disconformidad. Además, se podría decir que la globalización actual ha sido funcional para determinados intereses económicos, pero no ha logrado responder de manera adecuada a las transformaciones sociales que ha provocado. Las instituciones encargadas de gestionar el proceso, tanto a nivel nacional como internacional, han mostrado limitaciones para corregir sus desequilibrios. Las promesas de inclusión, desarrollo y estabilidad no se han materializado de forma generalizada, lo cual ha dado lugar a una creciente enemistad al orden global existente.

La desconexión entre los modelos teóricos y la experiencia empírica ha debilitado la legitimidad del discurso globalizador. El malestar social, la fragmentación territorial y el debilitamiento institucional evidencian que los supuestos iniciales no se han traducido en políticas eficaces para gestionar las consecuencias del cambio. En este sentido, los resultados del análisis indican la necesidad de replantear las bases del modelo actual. La globalización ha generado oportunidades, pero también ha revelado límites que requieren una revisión crítica. Cualquier propuesta futura deberá tener en cuenta las asimetrías existentes, reforzar los mecanismos de protección social y garantizar una participación más equitativa en los beneficios del crecimiento internacional.

Por último, en este trabajo se van a plasmar las conclusiones y las posibles propuestas de líneas de trabajo.

## CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

El presente trabajo ha servido para identificar las transformaciones del concepto de globalización y sus implicaciones en el sistema internacional. A partir del análisis de distintos autores, se ha podido constatar que el proceso de globalización, lejos de desarrollarse de forma uniforme y equitativa, ha generado dinámicas complejas, efectos desiguales y reacciones políticas que han cuestionado su legitimidad y alcance. La globalización, entendida como una intensificación de las interacciones más allá de las fronteras tradicionales, ha reconfigurado múltiples áreas de las relaciones internacionales, pero también ha abierto espacios de tensión y conflicto.

También es importante señalar que el término globalización se ha utilizado de muchas formas distintas, lo que ha provocado confusión sobre su verdadero significado. Algunos enfoques intentan diferenciarla de otras formas de conexión entre países, destacando que lo que la hace distinta es que genera relaciones que no dependen ni de la cercanía geográfica ni de las fronteras entre Estados. Estas distintas formas de verlo han ayudado a comprender mejor su complejidad.

Continuando con la conclusión, al analizar cómo ha cambiado el sistema internacional, se ve que la globalización ha traído integración y beneficios. Sin embargo, al mismo tiempo, otros aspectos que también influyen en este proceso se han ido debilitando. Algunos sectores han salido ganando con esta apertura, pero otros han quedado en desventaja. Estas diferencias han hecho que muchas personas pierdan la confianza en las normas e ideas que antes guiaban la cooperación entre países y que haya otros pensadores que estén a favor de esa unión internacional.

Esa contrariedad hacia el término ha cobrado relevancia en la actualidad. Es la base de discursos políticos que rechazan de manera directa las instituciones globales y los principios que las sustentan. Estos discursos han encontrado su hueco en sectores y partes de la población que se perciben como perdedores del proceso, lo que ha contribuido al ascenso de proyectos políticos centrados en la nación y sus fronteras. Este cambio de mentalidad, ha modificado las reglas anteriores, incidiendo directamente sobre el funcionamiento del sistema internacional, debilitando los espacios de coordinación y negociación colectiva y alentando la adopción de estrategias más nacionalistas y unilateralistas.

Además, las instituciones encargadas de organizar la cooperación entre Estados han visto reducida su capacidad de influencia, tanto por su actuación, como por estos discursos que cuestionan su legitimidad. Este fenómeno no solo responde a factores internos, sino también al surgimiento de nuevas lógicas de poder vinculadas a transformaciones tecnológicas, económicas y sociales que han alterado las formas tradicionales de relación entre actores globales. La gestión de crisis recientes, como la pandemia, ha puesto de manifiesto la dificultad para articular respuestas colectivas, así como la tendencia creciente a priorizar soluciones nacionales ante problemas compartidos.

Por otro lado, en los últimos años, los datos sobre comercio, inversión y finanzas muestran que el crecimiento se ha frenado. Aunque todavía hay subidas, son mucho más leves, por lo que hay muchos países que han empezado a confiar menos en el sistema global. Por eso, están buscando formas de depender menos del exterior, producir más dentro de sus propias fronteras

y cuidar sectores que consideran importantes. Esto indica que los gobiernos están cambiando de rumbo y ya no ven la apertura total al mundo como la mejor opción. Cada vez dan más importancia a proteger lo propio, no solo por miedo a lo externo, sino para poder tomar el control sobre su economía y sociedad. Esto incluye decidir dónde invertir, qué producir o con quién hacer acuerdos, siempre pensando primero en sus propios intereses.

Por último, esta situación abre espacios para nuevas líneas de estudio en el campo de las Relaciones Internacionales. Una primera línea de investigación podría dirigirse a la comprensión de las estrategias regionales que están emergiendo en distintas partes del mundo como respuesta a la fragmentación del sistema global. Estas formas de cooperación entre regiones no reemplazan del todo a las organizaciones internacionales de siempre, pero pueden ponerlas en duda. En el futuro, podrían jugar un papel importante en cómo se organiza el mundo.

También se podría investigar cómo ha cambiado quién tiene poder e influencia a nivel global. Hoy en día hay muchos actores distintos tomando decisiones importantes, no solo los estados, y eso genera dudas sobre quién tiene realmente la autoridad, si esas decisiones son efectivas y si todavía es posible llegar a acuerdos en un mundo tan dividido.

En definitiva, el contexto internacional actual exige nuevas formas de entender lo que está ocurriendo. La globalización ya no puede explicarse con las ideas que se usaban en el pasado. Hoy el mundo es más incierto, con actores muy distintos, intereses cruzados y reglas que ya no siempre se respetan. Para analizar esta realidad actual, es necesario tener en cuenta más aspectos que lo económico, como las tensiones sociales, los cambios políticos y los desafíos globales que están reconfigurando las relaciones entre países. Solo así será posible comprender hacia dónde se dirige el sistema internacional y qué papel puede tener cada actor en su evolución.

## BIBLIOGRAFÍA

- Beck, U. (2002). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Paidós.
- Bentley, J. H. (2004). Globalizing history and historicizing globalization. *Globalizations*, 1(1), 69–81.
- Cervantes González, O. (2022). ¿Desglobalización? La crisis financiera de 2008, el Brexit y el arribo de Donald Trump a la Presidencia de Estados Unidos. *Estudios Políticos*, (57), 265–295. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chang, C.-P., & Lee, C.-C. (2010). Globalization and economic growth: A political economy analysis for OECD countries. *Global Economic Review*, 39(2), 151–173
- Dugin, A. (2022). *La multipolaridad: teoría de las relaciones internacionales*. Editorial Letras Inquietas
- Erixon, F. (2018). *The economic benefits of globalization for business and consumers*. European Centre for International Political Economy (ECIPE).
- Fernández, A (2024). *Apuntes de clase de Instituciones y Políticas de la Unión Europea. Temas 1 y 2*. Universidad Pontificia de Comillas
- Gualerzi, D. (2005). Stiglitz on globalization and development with an eye to Keynes (2002). *Review of Political Economy*, 17(2), 317–329.
- Gusterson, H. (2017). From Brexit to Trump: Anthropology and the rise of nationalist populism. *American Ethnologist*, 44(2), 209–214.
- Keohane, R. O., & Nye, J. S. Jr. (1973). Power and interdependence. *Survival*, 15(4), 158-165.
- López Fogués, A. (2013). *Reseña del libro El precio de la desigualdad: el 1% de la población tiene lo que el 99% necesita, de Joseph E. Stiglitz (2011)*. Revista de Economía Crítica, (15), 255–260.
- Macías Urbano, B. (2023). La crisis del covid-19 en la alteración del orden internacional: la pandemia como shock hegemónico en la disputa entre Estados Unidos y China. *Relaciones Internacionales*, (52), 71–91.
- Milanovic, B. (2016). *Global inequality: A new approach for the age of globalization*. Harvard University Press.
- Pacciardi, A., Spandler, K., & Söderbaum, F. (2024). Globalization and its discontents: How populist governments disengage from international institutions. *International Affairs*, 100(5), 2025–2045.
- Palomo Garrido, A. (2017). La intensificación de la competencia en la globalización y sus efectos sobre la geoeconomía. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 8(1), 29–49.
- Rodríguez-Pose, A., & Crescenzi, R. (2008). Mountains in a flat world: Why proximity still matters for the location of economic activity. *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 1(3), 371–388.
- Scholte, J. A. (2002). *What is globalization? The definitional issue – again* (CSGR Working Paper No. 109/02). University of Warwick, Centre for the Study of Globalisation and Regionalisation.

- Scholte, J. A. (2005). *Globalization: A critical introduction* (2nd ed.). Palgrave Macmillan.
- Thompson, R. L. (2007). *Globalization and the benefits of trade*. Chicago Fed Letter, (236), Federal Reserve Bank of Chicago.
- Ülgen, S. (2022). Una perspectiva crítica sobre la globalización. En *Anuario Internacional CIDOB 2022* (pp. 98-111). CIDOB.
- Wallerstein, I. (2000). Globalization or the age of transition? *International Sociology*, 15(2), 249–265.
- Wallerstein, I. (2006). Después del desarrollismo y la globalización, ¿qué? *Polis. Revista Latinoamericana*, (13).

## Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales.

Por la presente, yo, Ana Fernandez Alonso, estudiante de E6 BA de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "Ascenso y caída de un concepto: La globalización y su estudio en las Relaciones Internacionales", declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

Sintetizador y divulgador de libros complicados: Para resumir y comprender literatura compleja.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 16/06/2025

Firma: Ana Fernandez Alonso